

CARTA “NOVÆ CONDENDÆ LEGIS” (*)

(8-II-1893)

“Il divisamento di sancire”

A LOS OBISPOS DE LA PROVINCIA VÉNETA SOBRE EL PROYECTO
DEL MATRIMONIO CIVIL

LEON PP. XIII

Querido hijo y venerables hermanos: Salud y bendición apostólica

459 1. **El motivo: El proyecto de ley sobre matrimonio civil.** El designio que existe de sancionar una nueva ley que imponga el cumplimiento de la ceremonia civil antes de la celebración del matrimonio cristiano, ha excitado justamente vuestra vigilancia pastoral y con un propósito laudable, antes de tomar determinaciones, os habéis dirigido a esta Sede Apostólica, a la cual, *por razones de su principado, ha sido siempre necesario que toda la Iglesia se reúna.* Nos, pues, constantemente atentos, por el deber de Nuestro ministerio, a la salud del pueblo cristiano, no hemos cesado, a través de Nuestros graves e incesantes cuidados, de inculcar la necesidad de conservar en el matrimonio cristiano el carácter sagrado que le ha impreso su divino Fundador. Tanto más cuanto que de El dependen la santidad de las familias, la paz de las conciencias, la buena educación de los hijos, el bienestar de la organización social.

2. **La resistencia a la doctrina católica.** En Nuestra carta Encíclica “*ARCANUM DIVINAE SAPIENTIAE*” (pág. 244 de n. ed.) especialmente, Nos hemos expuesto cuidadosa y plenamente la doctrina ca-

tólica sobre este punto y hemos procurado recordar todo lo que la Iglesia ha hecho en el curso de los siglos por restablecer y mantener la nobleza cristiana de la unión conyugal, así como todo lo que en nuestra materia puede atribuirse legítimamente al poder civil. Si todos los que han escuchado Nuestra palabra hubiesen sido hombres de buena voluntad o equivocados de buena fe, habríamos esperado justamente que una vez conocida la verdad e iluminados con ella los espíritus, hubieran sido éstos impulsados, si no a reparar inmediatamente todos los daños hechos a la Iglesia por ingerencias indebidas en el matrimonio de sus hijos, por lo menos a abstenerse de los peores ultrajes. Pero hay muchos que padecen una obstinación detestable, que hace que se ataque a todo lo que es cristiano y que se prosiga la triste labor comenzada de *laicizar*, como dicen, la sociedad; es decir haciéndola independiente de Jesucristo y privarla de los inmensos beneficios de la Redención; de suerte que, lejos de reparar los daños ya hechos y manifiestos, amenazan otros más graves todavía con el proyecto de Ley que es bien conocido de todos⁽¹⁾. 460

(*) A. S. S., 25 (1892-93), págs. 459-474, en dos columnas, de las cuales la izquierda trae el texto en italiano y la derecha en latín. El texto italiano comienza con las palabras: “*Il divisamento di sancire una nova lege*”. Esta carta no se insertó en la 1ª edición de esta Colección. Por su valor doctrinal en materia delicada y hoy tan combatida le dimos cabida en la 2ª edición. La carta estaba personalmente dirigida al Obispo de Verona, Luis de Canosa. (P. H.)

(1) Más tarde, el 8 de Diciembre de 1895 el Papa, en una carta al pueblo italiano, (“Epístola del Ssmo. D. N. León PP. XIII a los Obispos de Italia en que se les exhorta a luchar bravamente contra la secta masónica”. ASS. 25 [1895], págs. 274-277) habrá de llamar la atención a las medidas persecutorias de que el Gobierno italiano ha-

cía blanco a la Iglesia, a sus ministros e instituciones, diciendo: “*Se ha invadido el templo del Señor y, disipado por la confiscación de bienes eclesiásticos, la mayor parte del patrimonio indispensable al santo ministerio, y, por la conscripción de los sacerdotes, se ha reducido a los límites extremos de la más estricta necesidad. el*

3. **Facultades del Estado y de la Iglesia. Vana distinción entre contrato y Sacramento.** No es ésta la ocasión de repetir aquí, punto por punto, las enseñanzas ya dadas, que están a vuestros ojos y ante los de los fieles; pero no es inoportuno declarar una vez más que el poder civil puede establecer los efectos civiles del matrimonio, pero que debe dejar a la Iglesia lo que toca al matrimonio en sí mismo; que admita el hecho del verdadero y legítimo matrimonio tal como ha sido instituido por Jesucristo y practicado por la Iglesia, y después que tome las medidas que conceden o que niegan los efectos consiguientes en la comunidad civil. En efecto, es un dogma de fe de que el matrimonio de los cristianos ha sido elevado por Nuestro Señor Jesucristo a la dignidad de sacramento y no puede considerarse esta dignidad, según la doctrina católica, como una cualidad accidental añadida al contrato del matrimonio, sino que le es esencial, íntimamente ligado a él, desde que este contrato, por institución divina, ha llegado a ser sacramento. Vana, pues, sería la distinción entre el contrato y el sacramento, de la que quisiera inferirse que entre cristianos se puede contraer válidamente un matrimonio que no sea un sacramento. Síguese de ahí que perteneciendo exclusivamente a la Iglesia la administración de los sacramentos es una usurpación sacrílega toda ingerencia de la autoridad política en el contrato matrimonial y no simplemente en sus efectos⁽²⁾.

número de los ministros sagrados. Si no se ha podido impedir la administración de los sacramentos, se buscó, por lo menos, introducir y fomentar matrimonios y sepelios civiles, empleando todos los medios posibles. Si no se ha podido arrancar por completo de manos de la Iglesia la educación de la juventud y la dirección de las instituciones de caridad, con afán y constancia se trabaja sin cesar en laicizarlo todo, lo que equivale a decir, en desterrar de todas partes las huellas del cristianismo".

(2) Casi diez años más tarde insistirá el mismo Papa en esta idea de la profanación del sagrado vínculo del matrimonio (en "Llegado a los 25 años" del 19 de Marzo de 1902). (Lettera Apostolica del Santísimo signor nostro Leone per divi-

4. **Ataques al matrimonio cristiano.** Una ley, por lo tanto, que prescriba el ejercicio de la ceremonia civil antes del verdadero matrimonio que se contrae en la Iglesia, tendría verdaderamente por objeto el contrato del matrimonio mismo y no sólo sus efectos civiles, porque el Estado llegaría a disponer de la administración de un sacramento. Pero ningún otro poder fuera de aquel de quien depende esta administración puede y debe juzgar sobre las condiciones requeridas para celebrar el matrimonio, de la capacidad de los contrayentes, así como de otras condiciones de las cuales depende que el matrimonio se contraiga lícita y válidamente. Y de nada vale decir que el poder civil con esta ley que antepone la ceremonia civil, no toca al sacramento administrado por la Iglesia y que ni lo reconoce ni lo niega, dejando a la voluntad de los contrayentes el celebrar el matrimonio religioso después de la ceremonia civil. En realidad, una ley tal castigaría el matrimonio religioso, es decir, el verdadero matrimonio, declarándolo implícitamente ilícito en el caso que no fuera precedido de la ceremonia civil; a no ser que se pretenda castigar un acto lícito. Por las penas con que amenaza la ley referida, y que infligiría si estuviese sancionada en el caso de transgresión, no llegaría ciertamente a declarar nulo un matrimonio contraído según la ley de la Iglesia, porque se trata de un derecho natural y divino contra el cual no hay poder en el mundo que pueda prevalecer, pero pondría en práctica todos los

na Providenza Papa XIII a tutti i Patriarchi, Primati, Arcivescovi e Vescovi del mondo cattolico: "Pervenuti all'anno vigesimoquinto del nostro ministero". ASS. 34, 513-532); "El Estado laico, sin acordarse de sus límites ni del fin esencial de la autoridad que ejerce, ha osado apoderarse del vínculo matrimonial para profanarlo, despojándolo de su carácter religioso; en lo posible, ha hecho otro tanto, respecto del derecho natural que los padres poseen en lo tocante a la educación de los hijos; además, en muchos lugares ha destruido la estabilidad del matrimonio dando la aprobación legal a la institución licenciosa del divorcio". Esta Carta Apost. se cita también con las palabras de su versión latina: "Vigesimoquinto anno" o también: "Anni ingressi sumus"; en esta Colecc. Encicl. 86, 12 pág. 652.

463 medios para que se le considerara como nulo, para impedir sus deberes y para frustrar los efectos que de él se siguen legítimamente⁽³⁾.

5. El caso concreto de la separación matrimonial de militares. Si esto no está suficientemente claro por sí mismo, bastará para que sea completamente evidente la consideración de una disposición reciente, injusta y sacrílega, decretada con motivo del matrimonio de militares, a los que se les ha impuesto la separación de sus respectivas mujeres después de haber estado legítimamente unidos. De esta manera en estos tiempos de tan decantado progreso civil se ha vuelto a una antigua y tiránica barbarie, que osa privar a los hombres de un derecho proveniente de la naturaleza, tiranía que la Iglesia tanto ha trabajado por hacer desaparecer. La única diferencia es que entonces se prohibía a los esclavos unirse por un legítimo matrimonio y que hoy se les prohíbe a los militares y a otra clase de personas, despojándolas de su libertad y convirtiéndolas en esclavos.

6. Juzgar sobre el matrimonio, por ser materia moral, es asunto de la Iglesia. Pero no es ésta la única injuria que infiere a la Iglesia la ley proyectada. Hay otra igualmente y muy grave. Todo el mundo sabe que nuestro Divino Salvador ha confiado a su Iglesia el juicio y el gobierno no sólo de todo lo que se relaciona con la fe, sino también con todo lo que se refiere a la moral. La Iglesia ha sido instituida por El para que sea para todos una guía segura e infalible en el camino de la salvación eterna, y como para salvarse no basta creer, sino que es necesario obrar

464 (3) También Pío X en su "Carta a los Obispos Bolivianos" del 24 de Noviembre de 1906 (AAS. 40 [1906], págs. 65-67) recalcará que la legislación matrimonial es de la incumbencia exclusiva de la Iglesia, al decir: "En efecto, conste al pueblo cristiano, sin lugar alguno de duda, que el matrimonio instituido por Dios, como función de la naturaleza, ha sido elevado a la dignidad de Sacramento por Jesús, Salvador y Redentor del género humano; de suerte que el matrimonio, propiamente dicho entre cristianos, es inseparable de la noción del Sacramento. Ahora bien, dado que la administración de los Sacramentos, el derecho que los rige como cosa sagrada, están sometidos a la Iglesia, (verdad más clara que la

conforme a la fe, así pertenece a la Iglesia el criterio sobre la ley moral y las costumbres, de la misma manera que sobre el depósito de la fe. Pues precisamente es una materia de moral y de costumbres el hecho de ver si en determinados casos conviene abrazar los lazos conyugales o *abstenerse* de ellos.

7. Estado de Virginidad. Los matrimonios secretos. El estado de virginidad es en sí más perfecto que el estado conyugal, y los que lo abrazan bajo la inspiración de la gracia son ciertamente dignos de elogio. Pero esta gracia de la continencia perfecta no se da a todos y entonces, como dice el Apóstol "*más vale casarse que abrasarse*"⁽⁴⁾. Puede ocurrir igualmente que para la malicia o la debilidad de una naturaleza corrompida existan ya inveteradas prácticas reprensibles entre dos personas, de tal suerte que no se pueda descuidar el matrimonio sin una grave injuria o un perjuicio para una de las partes o sin peligro para la salvación eterna de las dos. Además, para evitar, al contraer el matrimonio, infamias y discordias en las familias y entre las familias, conviene a veces realizarlo con gran premura y en gran secreto, dejando para cuando sea posible la publicación de este matrimonio.

8. Despreocupación del Estado. Estas consideraciones y otras semejantes, que son justísimas, escapan a un Estado que pretendiendo absorber para sí todos los derechos de las familias y de los individuos, no vacila en poner su mano en todo, bajo pretexto de proveer a su propio interés, aunque en realidad lo provee bien desconsideradamente. ¡Qué importa a un Estado que quiere

465 luz del día) la legislación sobre el matrimonio, lejos de atribuirse a la potestad civil, es del dominio exclusivo de la Iglesia. Querer, pues, legislar sobre el matrimonio de los cristianos por parte de los hombres que rigen los asuntos civiles, es atacar en forma absoluta el derecho ajeno y poner un acto que está viciado de nulidad. De esto se deduce que los cristianos que osen contraer el matrimonio civil no realizan más que un simulacro de matrimonio, no reciben el Sacramento, único y verdadero matrimonio; logran injustamente los efectos llamados civiles, mientras su principio es nulo y sin ninguna validez".

(4) I Cor. 7, 9.

desembarazarse de toda ley divina y humana que los pecados se multipliquen, al buscarse uniones ilícitas o perseverar en ellas! Sin embargo, la razón, la fe y la historia demuestran hasta la evidencia que la corrupción de las costumbres enerva, corroe y destruye las sociedades.

9. Impiden el matrimonio aún en la hora de la muerte. Tales son la ceguera y el odio de estos nuevos legisladores, que en el momento mismo de la muerte, cuando el alma está por presentarse ante el temible juicio de Dios, quieren atar las manos a su ministro no consinténdole ejercer su ministerio de reconciliación, de paz y de salud, más que bajo rigurosas condiciones que debe observar a la letra las más de las veces, con lo que expone a esa alma a la condenación eterna.

10. La Iglesia dificulta los matrimonios secretos. La Iglesia, cualesquiera que sean los decretos de una autoridad terrestre, no abandonará nunca su divina misión, y jamás podrá resignarse a dejar perecer a las almas redimidas por la Sangre de Jesucristo, de las cuales tendrá que rendir una estrecha cuenta. Por lo demás, el Estado nada tiene que temer al dejarla obrar con la libertad que es derecho propio de su saludable ministerio. Si en algunas ocasiones la Iglesia permite de mal grado la celebración de *matrimonios* ocultos o como se suelen llamar de *conciencia*, esto no ocurre más que en los casos de extrema urgencia y porque lo reclama la ley suprema de la salud de las almas. Pero la Iglesia misma ha fijado las condiciones para que sean muy raros tales casos; ha prescrito los remedios para que ni los contrayentes ni sus hijos sufran en nada, y ha regulado minuciosamente la prevención de otros inconvenientes. Además, en su legislación, y en su práctica deplora que existan tales casos, y trabaja por todos los medios para que el matrimonio sea contraído públicamente y con solemnidad. Para probarlo basta recordar tan sólo la constitución "SATIS VOBIS" de nuestro ilustre predecesor BENEDICTO XIV. Des-

pués de haber expuesto lo que los concilios y los Papas han establecido sabiamente para la solemnidad pública de los matrimonios; después de haber enumerado los males que se derivan de la práctica contraria, admite algunas raras y necesarias excepciones, pero dirigiéndose a los Obispos les exhorta en estos términos: *"Es necesario que empleéis una vigilancia igual y aun mayor para que, una vez omitidas las proclamas, no deje de celebrarse el matrimonio en presencia del párroco o de otro sacerdote delegado por el mismo párroco o por vosotros, en presencia de dos o tres testigos como confidentes, con el objeto de que no se divulgue ninguna noticia o rumor de la celebración. Y esto, según la prescripción de los sagrados cánones, no puede hacerse lícitamente por cualquier causa obvia y vulgar sino grave, urgente y aun urgentísima... Es deber de Nuestro ministerio pastoral investigar cuidadosamente si existe una causa legítima urgente para la dispensa con el fin de que estos matrimonios celebrados ocultamente no produzcan lamentables resultados, que rechazamos con gran tristeza de Nuestro corazón"*.

11. Inexplicable actitud del Estado al exigir que el matrimonio civil sea anterior al religioso. Siendo esto así no se explica qué razones puede tener el Estado para imponer la precedencia de la ceremonia civil. En efecto, debiendo ser regularmente público el matrimonio contraído en la Iglesia no puede escapar a los ojos del Estado, y éste, mediante las leyes en vigor, ha provisto ya, aun con exceso, a los efectos civiles, que son solamente los que le competen. ¿Por qué, pues, no contento con este llamado matrimonio civil, quiere ahora añadir la anterioridad? ¿Es acaso para impedir los rarísimos matrimonios de conciencia que la Iglesia no permite más que cuando se ve obligada por motivos urgentes? Pero la ley, que por su propia naturaleza ha de mirar al bien común, hace mal al ocuparse de casos singulares y rarísimos, de los que no hay que temer una turbación de la paz

y tranquilidad, que es el fin propio de la autoridad política. Siendo la ley además, un orden establecido según la razón, no debe nunca impedir que en estos casos raros se cumpla todo lo que exigen la moral y la salud eterna de las almas.

469 **12. La masonería es autora del proyecto.** Si el carácter de la ley que nos amenaza no muestra por sí misma su tendencia, bastará observar quien es su inspirador y autor; porque no es un misterio, sino un hecho conocido públicamente, que la secta masónica maquina desde hace tiempo esta nueva vergüenza para la Iglesia y ahora, para lograr sus fines, impone a sus adeptos que la lleven a la práctica. Los designios de esta secta maldita son siempre y en todas partes los mismos, es decir, directamente hostiles a Dios y a la Iglesia, y le importa poco o nada, no ya que las almas se pierdan, sino que la sociedad se precipite cada vez más en decadencia y que la misma libertad tan pregonada, sea oprimida, con tal de encadenar y oprimir con ella a la Iglesia, y debilitar y ahogar el sentimiento cristiano gradualmente, en el seno de las multitudes.

13. La violencia de los liberales impide la libertad de los católicos. En verdad constituye una amarga ironía la palabra libertad puesta en los labios de aquéllos que pretenden regular a discreción un derecho que nace de la propia naturaleza humana y cuyo ejercicio es anterior a la constitución de la sociedad civil, puesto que ésta tiene por elementos inmediatos a las familias que se forman y constituyen mediante el vínculo conyugal. Pero la violencia que se hace así a las conciencias aparece todavía más grave en el hecho de que se quiere imponer una ley tal a una nación católica que, fiel a las antiguas tradiciones y por el singular privilegio de estar más cerca al centro de la unidad, siente más vivamente el atentado que comete esta ley contra sus más santas convicciones y su fe.

14. Fomentan el solo matrimonio civil en nombre de la libertad. De nada sirve añadir que el Estado deja en definitiva la libertad de unirse también en matrimonio a la faz de la Iglesia porque se deja asimismo una igual libertad de no presentarse ante la Iglesia y se introduce, de hecho, la convicción errónea de que basta la ceremonia civil para vivir en legítimo matrimonio, lo que en realidad no es otra cosa que un abominable concubinato. Además, si la Iglesia, por justos motivos, no pudiese unir en matrimonio a los que se han casado civilmente, se verían éstos obligados a un celibato para el que no tienen ni voluntad ni vocación, o a pasarse la vida en una unión ilícita y escandalosa. 470

15. Violentan la conciencia de los testigos y sacerdotes. Pero hay más. Porque no sólo se hace violencia a la libertad de los contrayentes sino también a la de los testigos, y esta violencia es tanto más odiosa cuanto que se pretende convertir a los confidentes y amigos, escogidos para un caso de necesidad, en los delatores más viles, que traicionan a su amistad. En fin, se ejerce la más grande tiranía contra los ministros del santuario, que serán perseguidos y castigados únicamente por haber prestado, por motivos sagrados de moralidad y de salud eterna de las almas, su ministerio a un acto que corresponde esencialmente a la autoridad eclesiástica; es decir, por haber obrado según su conciencia y su deber. 471

Y como si fuese una ofensa pequeña a la libertad común la que se deduce de las prescripciones determinadas en la ley, se pretende acrecentarla con la severidad inaudita de las penas con que se amenaza a los contraventores, severidad que aparece como una obra de secta y hostilidad cuando se ejerce por parte de un Estado que en el resto de su legislación quiere mostrarse de acuerdo con la suavidad de las costumbres y de los tiempos. Así, mientras queda abolido o mitigado el castigo debido a los más graves delitos, se emplea la autoridad únicamente para oprimir

a los fieles y a los sacerdotes que siguiendo la voz de su propia conciencia obedecen a Jesucristo y a su Iglesia.

En cuanto a los sacerdotes, hay que hacer constar la afectada ignorancia o la contradicción de los legisladores, porque mientras estos legisladores dan pruebas de compadecer su pobreza, mientras aun dejan entrever medidas destinadas para mejorar su condición, piensan, por otra parte, someterlos a multas enormes que nunca podrán pagar.

472 16. **Resumen del juicio.** He aquí brevemente expuesto el juicio que Nos merece el nuevo proyecto de ley de que nos ocupamos. Usurpa los derechos de la Iglesia, pone obstáculos a su acción saludable y estrecha más las cadenas con grave detrimento de las almas. Lesiona la justa libertad de los ciudadanos y de los fieles; favorece y sanciona las uniones ilegítimas, abre el camino a nuevos escándalos y a desórdenes morales. Perturba la paz de las conciencias y hace más agudo el conflicto entre la Iglesia y el Estado; conflicto absolutamente contrario al orden establecido por el Creador, conflicto justamente lamentado y deplorado por todos los espíritus honrados y del cual nunca fue la Iglesia la causa verdadera.

17. **Norma para la acción episcopal.** Vosotros pues, Venerables Hermanos, que habéis ya apreciado el peligro, ahora que habéis sido reconfortados con Nuestra palabra, unid vuestra voz a la Nuestra para instruir al rebaño confiado a vuestras solicitudes pastorales sobre la naturaleza de esta ley detestable, sobre el verdadero fin a que tienden sus promotores, sobre los graves daños que se seguirían de su sanción, a fin de que los fieles no se dejen seducir por la falsa luz con que la ley se les presenta hipócritamente, ni engañar por los vanos sofismas con los

que se pretende sostenerla. Inspiradles valor, a fin de que por todos los medios a su alcance hagan resonar sus reclamaciones, dictadas por el deber de defender la tranquilidad y el honor de las familias, por todo lo que hay de noble 473 y honrado en su naturaleza, y por todo lo que hay de fuerza y de verdad en su antigua fe. Que hagan sentir que si están dispuestos a *dar al César lo que es del César* no soportarán nunca que se quite a Dios lo que es de Dios,⁽⁵⁾ y que si desean comportarse como buenos ciudadanos en su patria terrestre, aspiren a la patria celestial, donde están llamados a ser "*conciudadanos de los santos*".

18. **Normas para el clero.** Tened palabras de valor y de caridad para vuestro clero, que da pruebas insignes y constantes de celo y de abnegación, a fin de que en la lucha presente se muestre digno de Aquel que inmoldándose por la salvación del mundo los ha escogido para la alta función de colaboradores de una obra tan grande. Tengan la prudencia de evitar inútiles conflictos pero esfuércense al mismo tiempo en poner, por encima de toda clase de intereses los de Jesucristo, los de su Iglesia y los de las almas. Cuando la tempestad arrecia es cuando el Piloto debe redoblar su vigilancia y actividad para evitar el naufragio; es el momento en que todo el que ejerce un ministerio sagrado debe decir con el Apóstol: "*Con sumo gusto, a todo haré frente y todo lo arrostraré por vuestras almas*"⁽⁶⁾.

19. **La Bendición.** A este efecto, im- 474 plorando sobre todos vosotros, queridos hijos y venerables hermanos, la plenitud de los favores celestiales, Nos os damos con toda la efusión de Nuestro corazón la bendición apostólica.

En el Vaticano, 8 de Febrero de 1893.

LEON PAPA XIII.

(5) Mat. 22, 21; Marc. 12, 17; Luc. 20, 25; ver Rom. 13, 7.

(6) II Cor. 12, 15.